

“No te turbe conocerte como eres”

No necesito milagros: me sobra con los que hay en la Escritura.
—En cambio, me hace falta tu cumplimiento del deber, tu correspondencia a la gracia.
(Camino, 362)

29 de marzo

Repitamos, con la palabra y con las obras: Señor, confío en Ti, me basta tu providencia ordinaria, tu ayuda de cada día. No tenemos por qué pedir a

Dios grandes milagros. Hemos de suplicar, en cambio, que aumente nuestra fe, que ilumine nuestra inteligencia, que fortalezca nuestra voluntad. Jesús permanece siempre junto a nosotros, y se comporta siempre como quien es.

Desde el comienzo de mi predicación, os he prevenido contra un falso endiosamiento. No te turbe conocerte como eres: así, de barro. No te preocupe. Porque tú y yo somos hijos de Dios -y éste es endiosamiento bueno-, escogidos por llamada divina desde toda la eternidad: *nos eligió el Padre, por Jesucristo, antes de la creación del mundo para que seamos santos en su presencia*. Nosotros que somos especialmente de Dios, instrumentos tuyos a pesar de nuestra pobre miseria personal, seremos eficaces si no perdemos el conocimiento de nuestra flaqueza. Las tentaciones nos

dan la dimensión de nuestra propia debilidad.

Si sentís decaimiento, al experimentar -quizá de un modo particularmente vivo- la propia mezquindad, es el momento de abandonarse por completo, con docilidad en las manos de Dios. Cuentan que un día salió al encuentro de Alejandro Magno un pordiosero, pidiendo una limosna. Alejandro se detuvo y mandó que le hicieran señor de cinco ciudades. El pobre, confuso y aturdido, exclamó: ¡yo no pedía tanto! Y Alejandro repuso: tú has pedido como quien eres; yo te doy como quien soy. (*Es Cristo que pasa*, 160)
